Roma, mayo 1958

Cuando se ha conocido el dolor

Cuando se ha conocido el dolor en todos sus más atroces matices, en las congojas más diversas, y se han tendido las manos hacia Dios en mudas y desgarradoras súplicas, en humildes gritos de ayuda; cuando se ha bebido el fondo del cáliz y se ha ofrecido a Dios durante días y años la propia cruz, confundida con la suya, que le da un valor divino, entonces Dios tiene piedad de nosotros y nos acoge en la unión con El.

Es el momento en que, después de haber experimentado el valor único del dolor, después de haber creído en la economía de la cruz y de haber visto sus efectos benéficos. Dios muestra en la forma más elevada y nueva algo que vale aún más que el dolor. *Es el amor a los demás en forma de misericordia,* el amor que abre corazón y brazos a los miserables, a los pordioseros, a los desesperados de la vida, a los pecadores arrepentidos.

Un amor que sabe acoger al prójimo desviado: amigo, hermano o desconocido, y le perdona infinitas veces.

Un amor que le hace más fiesta a un pecador que vuelve que a mil justos, y pone a disposición de Dios inteligencia y bienes para permitirle demostrar al hijo pródigo la felicidad por su retorno.

Un amor que no mide ni será medido.

Es una caridad que florece más abundante, más universal, mas concreta que la que el alma poseía antes. Y ésta siente nacer en sí sentimientos semejantes a los de Jesús y se da cuenta de que afloran a sus labios, para cuantos encuentra, las divinas palabras: «Tengo compasión de esta gente». (*Mt* 15,32)

Y con muchos pecadores que vienen a ella –porque en alguna medida es imagen de Cristo– entabla coloquios semejantes a los que un día tuvo Jesús con María Magdalena, con la samaritana o con la adúltera.

La misericordia es la última expresión de la caridad, la que la completa.

Y la caridad supera al dolor porque éste es sólo de esta vida, mientras que el amor perdura también en la otra.

Dios prefiere la misericordia al sacrificio.

Chiara Lubich

(Escritos Espirituales /1 página 66-67)